

## **Contra el fantasma de Marx. Preguntas bígamas a la categoría lumpen para pensar la Argentina contemporánea**

Reseña de: Esteban Rodríguez, *Vida lumpen. Bestiario de la multitud*, La Plata, Edulp, 2007.

*Daniel Badenes*

CIC - UNQ - UNLP

*Vida lumpen* es una obra signada por la bigamia de su autor. Pensada esa condición, claro, en el sentido que le daba el poeta y senador comunista de Chile Volodia Teitelboim, quien se declaró *bígamo* en más de una ocasión: «seducido por la acción política y por la investigación intelectual, no podía reducir las a una sola fidelidad, ni renunciar a una u otra», resume Michel De Certeau (2006: 141), y añade que «en campos diferentes, muchos otros se encuentran en una situación análoga».

La bigamia de Esteban Rodríguez Alzueta no tiene la radicalidad de la doble vida asumida por Teitelboim, quien desde los 16 años nunca dejó de acatar las decisiones del PC, sosteniendo una dualidad que llegó a jaquear su propia existencia al punto de la «desolación». En cambio, la movilidad crítica de los espacios de pertenencia del autor de *Vida lumpen* permite llevar las tensiones al texto, un escrito académico-militante que se mofa de las arquitecturas políticas duras y de las tradiciones intelectuales incuestionables.

Se torna clave entender las condiciones de producción del libro, escrito primero como tesis de la Maestría

en Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), una de las instituciones donde se desempeña como docente Rodríguez, *abogado* en los papeles aunque devenido sociólogo, crítico cultural, analista de lo político y/o más. Instancia final de una carrera de posgrado, *Vida Lumpen* se inicia con un proverbio chino, «conocer y no actuar es como no conocer», completado con una cita contemporánea tomada de la película Matrix: «Tarde o temprano te darás cuenta de que una cosa es conocer el camino y otra recorrerlo».

La burbuja soñada por una parte de la academia —esa que confunde *rigidez* con *rigor*— se pincha entonces desde un principio. Rodríguez asume haber barajado otro tema para su tesis, pero este resultaba «bastante alejado de lo que me estaba pasando». Y reivindica una *apasionada parcialidad* que algunos cuestionarán al texto y otros, al libro —es decir, siguiendo la distinción típica de Chartier, a la forma de su concreción material—, pues, valga apuntarlo, el trabajo lleva el sello de una editorial universitaria. En síntesis, *Vida lumpen* debe sonar, para más de uno, un libro *muy militante* para ser académico y, para más de otro, un libro demasiado erudito para discutirse en el barro.

Dichas críticas son válidas salvo porque ignoran que no es un error inadvertido por el autor: por el contrario, tensar esas fronteras es una iniciativa deliberada. Si se quiere, discute dos realidades a las que nos hemos acostumbrado: la de una Universidad-espectadora del cambio social y la de sujetos pretendidamente revolucionarios que eluden pensar el sentido de sus prácticas.

Así, el bigamo rechaza constituir una doble vida y procura que los caminos no se bifurquen. Para eso recurre al ensayo, género cuyo valor enfatiza Renato Ortiz (1999), no como sustituto de la investigación empírica y la reflexión analítica, sino como «la forma deliberada de propiciar un cortocircuito en las barreras impuestas por las especializaciones». En cierto modo, la libertad del ensayo se impone como necesaria ante la complejidad de ciertos objetos histórico-sociales. Toda la obra de Rodríguez reivindica los borradores, la puesta a prueba de las sospechas como método; en fin, la vitalidad de la *crudeza*.

Asimismo, no se trata de cualquier ensayo, sino de uno en el que coexisten la sociología, la ciencia política, la militancia, el arte, incluso la religión. Queda claro en el cruce de lenguajes y en las citas que procura poner en diálogo: desde Marx, Bakunin, Trotsky, Lenin y Rosa Luxemburg hasta Pasolini, Glauber Rocha y los manifiestos de la Internacional Situacionista. Desde Lévi-Strauss, Thompson, Foucault, Hobsbawm y Fanon hasta César Aira, Sara Gallardo, Roberto Arlt, Cortázar, Borges y Bioy Casares. También José María Ramos Mejía, Roberto

Carri, José Nun, intelectuales «amigos» como Miguel Mazzeo o María Pía López. También Patricio Rey, también un pasaje de la Biblia...

Por otra parte, si otra característica hay que reconocer a su obra es la disposición para analizar temas que *colocó* la crisis y que *des-colocan* a la izquierda. El último libro es un ejemplo claro. Hace diez años, frente a las acciones colectivas de los movimientos de desocupados que hicieron emerger nuevas formas de lo político, los militantes-guardianes del marxismo elemental descalificaban a quienes se interesaban por «esos lumpenes» que —según prescribe el dogma— no podían pensarse como sujetos de una transformación social.

El espectro de Marx recorre las páginas de *Vida Lumpen*. Pero Rodríguez no discute tanto con el autor de *Das Kapital* como con sus seguidores a rajatabla cuyos análisis obvian que ya ha pasado casi un siglo y medio desde aquella obra. El libro trasluce una valoración de Marx en términos de lo que De Certeau (2006: 124) llama un «autor» verdadero, es decir, aquel que «constituye un campo científico y una práctica que no existían antes de él, y que son susceptibles, tras él, de invenciones, obras, visiones diferentes de la suya. Las ‘permite’, pero lo que posibilita no está limitado a esa expresión primera, ni destinado a repetirla. Por eso, el verdadero ‘retorno’ a Freud o Marx no es el principio de un literalismo, sino la condición que permite reiterar en otros términos el movimiento inicial». La lúcida y crítica revisión que Rodríguez hace del marxismo propone, a su modo, ese modo de retorno que es reconquistar el ejercicio de la crítica en lugar de repetir categorías de antaño hasta vaciarlas de sentido. Lo dice en su tono provocativo: «Tenemos que ir más allá de Marx para comprender el mundo que nos toca y para explicar la Latinoamérica neoliberal. Tenemos que destruir esa imagen que identifica el socialismo con Marx. No estoy diciendo que Marx no haya sido socialista, pero sí que el socialismo es mucho más que las teorías de Marx».

Se ha detallado poco hasta aquí sobre el contenido del libro, cuyo título anticipa reflexiones desde —o debates con— el marxismo, la corriente de pensamiento que más aludió a lo *lumpen*. El punto de partida del libro es, precisamente, una interrogación sobre la categoría de *lumpenproletariado*. No es una pregunta solipsista ni caprichosa: por el contrario, emerge en un contexto que obliga a repensar esa categoría. El neoliberalismo (o, mejor dicho, el *Estado de Malestar*: artefacto teórico que construye el autor para entender no sólo el privatismo, sino un proceso por el cual el Estado se convierte en administrador de la muerte) es el telón de fondo de este texto, pues colocó en el centro de la escena a los desocupados y sus acciones colectivas.

Siempre en torno a la pregunta por lo lumpen, se analizan múltiples cuestiones en los seis capítulos que componen el libro. En un ejercicio de síntesis que no reproduce literalmente el planteo del autor, diremos aquí que la palabra *lumpen* ha aparecido o puede hacerlo en tres condiciones distintas:

1. como sujeto
2. como adjetivo
3. como proceso

En primer lugar, Rodríguez sabe que el análisis de la sociedad necesita reconocer *sujetos*. Justamente, propondrá tener en cuenta el concepto de *multitud*, considerado una buena alternativa por la misma razón que genera dudas: es abierto, informal, impreciso; invita a ser completado. Admite el autor: es una categoría *fantasma, maldita, perturbadora*. A ella dedica el último capítulo de *Vida Lumpen*, sobre el que no nos detendremos demasiado en esta reseña. En cambio, sí nos interesa cómo la palabra lumpen aparece nombrando un **sujeto**. En verdad, nombra un sujeto colectivo, también bastante indefinido. Para Marx, el lumpenproletariado es «una masa informe, difusa y errante». Es una bolsa donde caben muchos: *delincuentes de todas clases, vagabundos, rateros, timadores, saltimbanquis, abrecoches, carteristas, dueños de burdeles, vendedores fraudulentos, prostitutas, cómicos ambulantes, limpiabotas*; hoy *changarines, cuidacoches, trapitos, malabaristas, cartoneros, cirujas, pibes chorros* y mil etcéteras.

Ahora bien: cuando se nombra al *lumpenproletario* en el mundo contemporáneo, lo primero que viene a la mente es el *desocupado*. O, pensado a la inversa: cuando el desocupado —organizado en los MTD— cobró protagonismo y visibilidad, lo primero que le vino a la mente a los marxistas de manual fue el *lumpenproletario*.

Sin embargo, el marxismo apenas había pensado en él como un sujeto. No se le reconoció una historia y mucho menos una conciencia (y, en consecuencia, se negó que existiera un tráfico cultural entre los lúmpenes y los obreros, como si la experiencia de lucha, los saberes y costumbres del *proletario* tuvieran un origen ilustrado). Si el lumpenproletario fue protagonista de algo, se trató de una acción *espasmódica*, y siempre estuvo dispuesto a venderse a la reacción. En ese sentido, el bonapartismo es la forma de construcción política que aprovecha ese «elemento lumpen».

Así llegamos a la segunda acepción, porque lo *lumpen* puede aparecer como sujeto, pero es un sujeto negado. *Lumpen* resulta entonces un **adjetivo**, bastante despectivo en la tradición marxista, tanto que muchas veces se usa como insulto.

En definitiva, nombra la desorganización, la espontaneidad, la inmoralidad, el instinto, la falta de solidaridad. La mejor de las veces designa a lo pasivo, pero muchas otras alude a lo reaccionario.

Con ese sentido peyorativo lo aprovecharon algunos intelectuales argentinos para explicar o, mejor dicho, para prejuzgar al peronismo. Un capítulo fascinante de *Vida Lumpen* es el dedicado a explorar los usos del marxismo por parte de esos pensadores, en relación con algo que escapaba a su comprensión. A grandes rasgos, insistieron en que la realidad tenía que adaptarse a la teoría, y no al revés, por lo que las categorías funcionaron como etiquetas autoadhesivas: *El peronismo es el bonapartismo argentino. Los «descamisados» son lumpenproletarios. El 17 de octubre fue obra de elementos lúmpenes.*

Es interesante ver cómo Ezequiel Martínez Estrada o Américo Ghioldi montaron esos argumentos, llenos de prejuicios, y las propuestas políticas que surgieron de ahí. Y tanto más interesante es observar cómo otros autores —Jorge Abelardo Ramos, Milcíades Peña— fueron capaces de usar *las mismas categorías* en el sentido contrario.

Para ellos, no había que ignorar que Argentina y sus países vecinos constituyen contextos coloniales donde el capitalismo es una cuenta pendiente y, por lo tanto, *el bonapartismo genera condiciones propicias para la liberación* (nótese lo irónico de cómo, al mismo tiempo que se declara lo específico de América Latina, se recupera un concepto espacial y temporalmente ajeno, como *bonapartismo*). El repaso de *Vida lumpen* incluye también a Arturo Jauretche, en una veta difícil de digerir para aquellos habituados al Jauretche-mito, pues se trata de un análisis que culmina saludando al golpe de Onganía.

En definitiva, unos recurren al marxismo para objetar radicalmente al peronismo; otros, para justificarlo.

Un ejercicio idéntico —extrapolar y no mucho más— hizo la izquierda tradicional ante el escenario de los noventa, cuando surgieron las organizaciones de desocupados. Contra eso confronta Rodríguez: «si la historia no siempre es la misma historia, entonces no deberíamos continuar obstinándonos en echar mano a las categorías que fueron esbozadas en función de un contexto que ya no es el que nos toca».

Llegado a ese punto, plantea la sospecha de que la lumpenización (la palabra que utiliza es *lumpenproletarización*, aquí la cambiamos deliberadamente) es un **proceso** que abarca a toda la sociedad. Como tal, implica movimientos de fragmentación social y *heterogeneización*; luego, masificación e identificación fetichizante.

Es el proceso por el cual se rompen lazos, se atomiza la experiencia política, etcétera.

Inaugurado por la dictadura pero consolidado bajo la institucionalidad de la *democracia*, no debe pensarse sólo en el campo de la economía, sino que también es político y cultural. Rodríguez insiste en este punto: no hay neoliberalismo sin espectacularización de la política.

La dimensión económica es clara: operan transformaciones que dejan un tendal de desocupados, pero que ya no son el famoso ejército industrial de reserva. Un capítulo de *Vida lumpen* abunda en esta discusión y aborda la noción de *pauperismo*, que no retomaremos aquí. Yendo el grano: esos desocupados constituyen el *sobrante social* cuya vida/muerte administra el Estado de Malestar.

A su vez, la *lumpenización* alcanza también a los *incluidos*. Con la idea de que ese complejo proceso comprende a todos los sectores –inclusive al Estado–, el libro deja preguntas abiertas. Es una tarea pendiente, por ejemplo, caracterizar y analizar las prácticas de las lumpenburguesías.

El autor, con su bigamia, opta por señalar a otro sector afectado por la *lumpenización*: la izquierda política, a cuya condición fragmentaria y errante dedica un capítulo entero. El estilo ácido y provocador se acentúa en este tramo, donde la crítica se aboca a lo que denomina *fragmentismo*, un proceso que tendría dos expresiones: el *sectarismo* de la vieja izquierda y el *autonomismo* de la nueva. Rodríguez entiende por *autonomismo* una fetichización de la autonomía, valorable como principio. Mientras hubo organizaciones que se pensaron «autónomas en el sentido que pueden organizarse más allá de la institucionalidad de turno», lo que «no significa que tengan que replegarse sobre su experiencia, desentenderse del Estado», etcétera, el autonomismo «piensa a la autonomía como una isla, una suerte de reserva ecológica». Globalmente, el análisis sobre la izquierda es discutible. ¿Acaso no es la fragmentación su forma histórica, aún antes de estos procesos?

Sin duda, lo más significativo de *Vida lumpen* es ese carácter polémico, multiplicador de interrogantes. Hay cierta seña en la escritura cuya mención puede sonar como una observación de estilo, pero dice mucho más. Es una fórmula de redacción que se reitera: «la pregunta por A es la pregunta por B», apunta en varios pasajes, y de algún modo recuerda una fórmula de Marx cuando escribía «la historia de A es la historia de B». Rodríguez dice, en cambio, *tal pregunta es la pregunta por tal otra cosa*. Y la reiteración de esa palabra clave no hace otra cosa que poner de manifiesto ese ejercicio constante de la sospecha, constituyente de la sensatez crítica que permite sostener la bigamia.

## **Bibliografía citada**

- Ortiz, Renato (1999), «Ciencias Sociales, Globalización y Paradigmas», en Reguillo, Rossana y Fuentes Navarro, Raúl (coordinadores), *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*, Jalisco, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
- De Certeau, Michel (2006), *La debilidad de creer*, Buenos Aires, Katz.